

EL VAMPIRO, UNA CRIATURA DE LA MODERNIDAD

Los vampiros no fueron apenas conocidos hasta el siglo XVIII. En Valaquia, Hungría, Polonia y Rusia tuvieron su cuna. Voltaire, en su Diccionario filosófico, nos dice: «Entre 1730 y 1735, no se oyó hablar de otra cosa que no fueran los vampiros; los persiguieron, les arrancaron el corazón y los quemaron. Pero eran como los antiguos mártires: cuantos más quemaban, más aparecían».

CHARLES NODIER, *Infernaliana*, 1822

Lo que tiene de más llamativo la historia de los vampiros es que compartieron con los philosophes, esos otros demonios, el honor de asombrar e importunar al siglo XVIII; que sembraron el pánico en Lorena, Prusia, Silesia, Polonia, Moravia, Austria, Rusia, Bohemia y todo el norte de Europa, a la vez que los sabios de Inglaterra y Francia derribaban con mano firme las supersticiones y los errores populares.

Es cierto que cada siglo ha tenido sus singularidades, que cada país, como apunta Dom Calmet, ha tenido sus prejuicios y sus dolencias. Pero los vampiros no han surgido en todo su esplendor en los siglos bárbaros y entre pueblos salvajes; han aparecido en el siglo de los Diderot y los Voltaire, en una Europa que se decía ya civilizada.

JACQUES COLLIN DE PLANCY, *Dictionnaire des Sciences Occultes*, 1848

Hubo un tiempo en Europa en que los vampiros no estaban confinados en los territorios de la ficción, literaria o cinematográfica, ni habitaban solo las leyendas ancestrales de regiones presuntamente atrasadas en los confines de la civilización. Por el contrario, condicionaban la política de grandes imperios y naciones ilustradas, preocupaban a los responsables de las haciendas públicas a causa de su temible repercusión económica, marcaban la agenda de legisladores y oficiales militares de di-

versa laya, monopolizaban la discusión científica en las facultades médicas o teológicas de las más prestigiosas universidades, movilizaban a las autoridades eclesiásticas en el Vaticano y otros centros de poder religioso, proveían materia para las reflexiones de los más acreditados filósofos, y acaparaban la actualidad desde los principales diarios y revistas de todo el continente. Su presencia en las cortes europeas y los salones de buen tono fue durante unas décadas mucho más que testimonial. Fuese cual fuese la opinión sobre su existencia, su aparición tuvo efectos tangibles sobre la realidad que contribuyeron de modo crucial a producir o acelerar determinados cambios sociales, epistemológicos y culturales de importancia fundamental para el continente europeo.

El tiempo del que hablo no se halla sumido en las brumas de los mal llamados siglos oscuros. El vampirismo tal como nos lo representamos hoy no es un fenómeno medieval ni hizo fortuna global en épocas o sociedades dominadas por el pensamiento mágico y el fanatismo religioso. Los vampiros conquistaron la escena intelectual y movilizaron la maquinaria estatal, judicial y eclesiástica de buena parte de Europa justo cuando el antiguo paradigma de la fe estaba siendo sustituido por el racionalismo de una ciencia empírica que aspiraba, ante todo, a desterrar de una vez para siempre la superstición. Más que cualquier otra cosa, por tanto, el vampirismo es un producto de la Ilustración.

Fue precisamente en el siglo XVIII, el origen del orden político y cultural actual, cuando estas criaturas inverosímiles irrumpieron en el imaginario global con toda su fuerza. Desde este punto de vista, el vampiro no es un residuo atávico de tiempos remotos y sociedades premodernas, como a menudo se ha pensado, sino un fenómeno reciente e inseparable de la modernidad.

Pese a que numerosos autores de la época, tal como muestran las citas que encabezan este epígrafe, se dieron cuenta sagazmente de esta paradoja, la idea de la historicidad del vampirismo no ha tenido demasiados continuadores. Probablemente desde el propio siglo XIX se extendió la convicción contraria: la de que los vampiros

han existido en todas las épocas y en todas las civilizaciones. Este lugar común, como un mantra ineludible, continúa abriendo a día de hoy la mayor parte de las obras sobre el tema. Siguiendo la costumbre de retrotraer el origen de cualquier fenómeno a la Antigüedad, estos recuentos remontan el vampirismo a griegos o egipcios, aun cuando ya en 1746 Augustin Calmet, uno de sus primeros historiadores, afirmaba expresamente que «sin duda, la Antigüedad no ha visto ni conocido nada semejante. Ya pueden repasarse las Historias de los hebreos, de los egipcios, de los griegos o de los latinos, que no se hallará nada que siquiera se aproxime». (250) A esta negación de su universalidad temporal, que a la Antigüedad contrapone tácitamente, como era frecuente en esta época, una «modernidad» identificada con el presente, acompaña de manera implícita la negación de su universalidad geográfica. Ni en la Grecia antigua, ni en Egipto, ni en Roma, ni en Israel, ni, añadido yo, en China, India u Oceanía, se ha creído nunca en el vampiro. Bien ha podido haber en culturas y períodos diversos figuras folklóricas o mitológicas que compartieran rasgos aislados con lo que desde época moderna entendemos por vampiro. Existen criaturas que chupan la sangre de los vivos, muertos que regresan de la tumba, fantasmas maliciosos, pero nunca un ser que reúna todos esos rasgos a la vez. Concebido como un muerto que retorna al mundo en forma corpórea para hacer daño a los vivos, a veces por medio de succionarles la sangre y a veces por otros métodos como el estrangulamiento, pero siempre causándoles horror y repulsión, el vampiro es un fenómeno geográficamente circunscrito a la Europa oriental, en general a las zonas donde impera el cristianismo ortodoxo, culturalmente definido en el contacto entre aquella y la Europa occidental —en un período en que, gracias precisamente a elementos como el vampirismo, ambas nociones se hallan en construcción—, y temporalmente propio de la modernidad.¹

¹ La concepción antiuniversalista del vampiro, que lo circunscribe a un marco histórico y geográfico específico, ha vuelto a encontrar en los últimos años un buen número de defensores en los estudios sobre el tema. Ver, por ejemplo, Barber, 1988: 1; Nowosadtko, 2004: 152-153; Porset, 2007: 7-8; Schaub, 2008: 12-14; Lucendo, 2009: 115; Butler, 2010: 3-5; Montclair, 2010: 3-4, y Barzaghi, 2010: 3.

No obstante, si por algo se ha caracterizado en la crítica cultural el concepto de modernidad, ha sido por la fluidez de sus límites temporales. Es difícil encontrar dos autores que coincidan en la datación y el contenido de este término, seguramente porque se trata de una etiqueta que, desde su misma creación, ha servido para colgarse sobre casi cualquier cosa. Sus fechas de inicio y desarrollo fluctúan, en el inmenso margen de cuatro siglos, entre principios del siglo XVI y finales del XIX. La llegada del denominado Renacimiento, la implantación del cartesianismo, el progresivo cambio de paradigma científico durante el siglo XVII, el «desencantamiento del mundo» operado por la Ilustración, la honda transformación política acarreada por la Revolución Francesa, la industrialización, o el paso a mediados del siglo XIX hacia una nueva civilización urbana han sido buena parte de los hitos que, referidos siempre con un sesgo etnocéntrico al espacio hegemónico de Occidente, han servido para marcar el punto de partida de lo moderno. Como es obvio, hay una gran dosis de arbitrariedad en estas formalizaciones, por más útiles que resulten. Consciente de que la mía no puede ser sino una más en la larga lista, tan arbitraria como todas, propongo aquí como modernidad un amplio período que, preparado por diversas transformaciones sociales y filosóficas durante los siglos XVI y XVII, eclosiona fundamentalmente a lo largo del siglo XVIII, y marca el germen del orden de cosas que rigió la civilización europea hasta el final de la segunda guerra mundial. Se trata ante todo de un momento de reorganización de los saberes en que la primacía se desplaza en todos los ámbitos —lentamente y de modo desigual— de lo sobrenatural a lo natural, de un predominio de lo metafísico a un predominio de lo físico, a la vez que se reestructura la concepción y el equilibrio del poder, y se reconfiguran las identidades en función de criterios más inmanentes que trascendentes, dando lugar al nacimiento de una cultura occidental hegemónica que a partir de este punto se contrapondrá, con innumerables gradaciones y matices, a una amplia colección de Otros.

Aunque no hay duda de que en algunas regiones del Este de Europa existía previamente, es a lo largo de este período, y al hilo de

estos cambios, cuando el vampirismo trasciende sus límites locales y cristaliza como fenómeno global y mito moderno, yuxtaponiéndose a menudo a las transformaciones de la modernidad y, no pocas veces, encarnándolas de modo privilegiado. También, en la misma vena, desafiándolas y poniéndolas a prueba. Porque, si en algo se identifica el vampiro con la modernidad, es en que constituye un lugar de cruce.

UN LUGAR DE CRUCE

El vampiro aparece siempre en una encrucijada, a la vez que, en sí mismo, constituye una encrucijada. Intersección de culturas, de discursos, de geografías, de religiones, de épocas, de instituciones, de paradigmas científicos, de estéticas, ontológicamente encarna el cruce entre instancias, o más bien su transgresión: vida-muerte, santidad-satanismo, mortalidad-inmortalidad, subjetividad-pulsión, interioridad-exterioridad, familiaridad-extranjería.² Personifica ese estar en medio, o quizá en ninguna parte, que tanta ansiedad parecía causar a la modernidad pero que, sin embargo, es uno de sus rasgos distintivos.³ Históricamente, surge en un momento de transición política y epistemológica —dentro de la cual desempeña un papel protagonista, como veremos—, y en un territorio eminentemente fronterizo. El llamado «cinturón vampírico» del siglo XVIII, donde tuvo lugar la conversión del vampirismo de creencia folklórica en mito global, se extiende principalmente a lo largo de la periferia eslava de las monarquías habsbúrgica y prusiana, en un punto en que no solo confluyen con especial densidad lenguas, culturas y creencias (catolicismo, ortodoxia y protestantismo), sino en el que se encuentran en perpetuo contacto conflictivo los grandes imperios centrales europeos y el Imperio otomano. Hay quien ha sugerido incluso que la posición liminal del vampiro sirvió para

² Acerca de esta idea del vampiro como cruce o entidad liminal entre los más diversos elementos, ver Begemann, Herrmann y Neumeyer, 2008: 16-18; Butler, 2010: 27; Lauper, 2011: 14-15, y Vermeir, 2012: 344.

³ Cf. Butler, 2010: 11-18.